

Marzo
1913

PACIFICO

MAGAZINE

FRANCIA
Un Peso

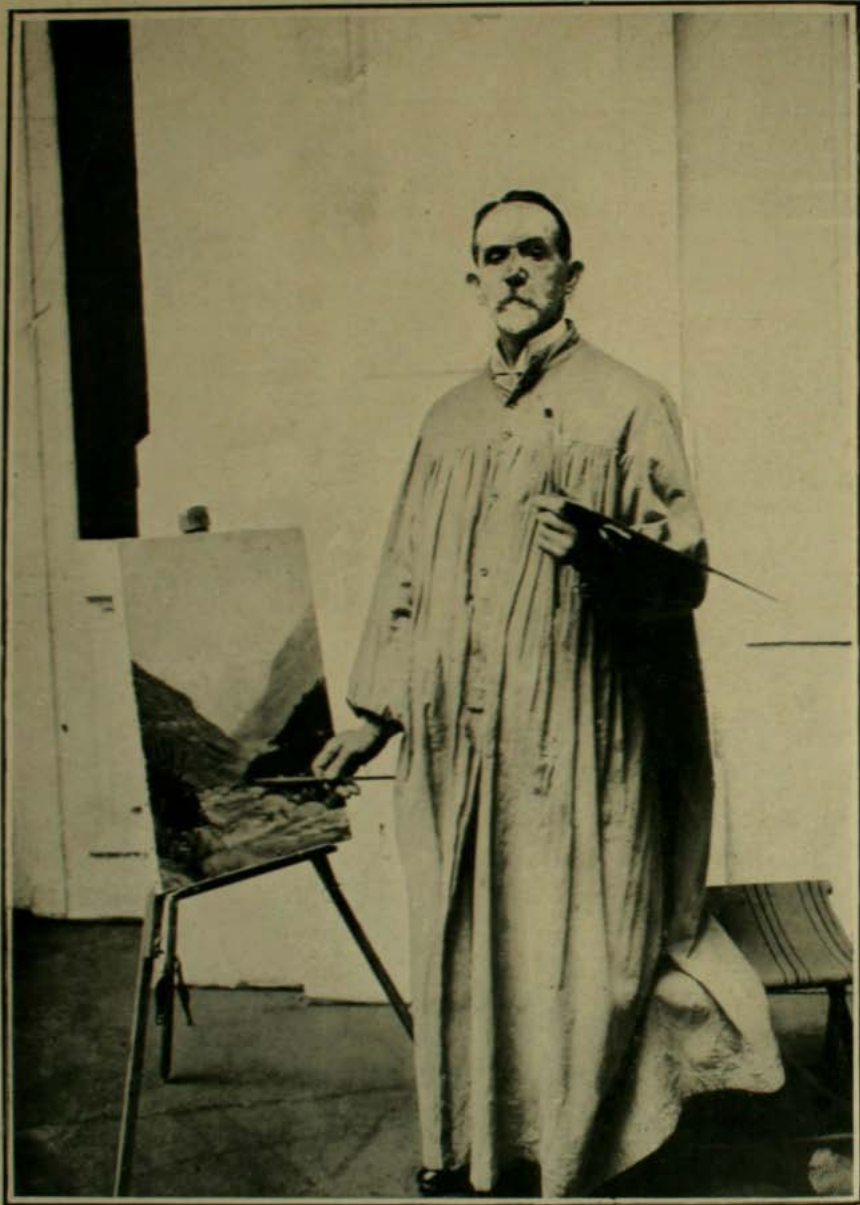


SUMARIO

TOMAS SOMERSCALES	<i>Paulino Alfonso</i>	303
A LA SOMBRA DE LA HORCA	<i>Joaquín Díaz G.</i>	325
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux		
LAS PARABOLAS BIBLICAS		346
NOCHES DE LA INDIA	<i>A. Sarath Kumar Ghosh</i>	353
DE SANTIAGO A RIO JANEIRO	<i>Juan de Arias</i>	363
EL INSOMNIO		383
UNA AMIGA DE NAPOLEON		385
LA MUJER QUE TRABAJA	<i>F. Santivan</i>	386
MI COMEDIA	<i>Francisco Rivas Vicuña</i>	397
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux		
REFORMAS Y PROGRESOS MEDICOS	<i>Angel Pino</i>	412
Ilustraciones de Juan Martín		
EL DOCTOR SCHONEMAN	<i>Miguel de Fuenzalida</i>	417
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux		
LA BOTELLA ENCANTADA	<i>F. Anstey</i>	427

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



TOMAS SOMERSCALES



TOMAS SOMERSCALES

Ensayo Biográfico (1)

Por _____

PAULINO ALFONSO

Parece tener poco más de sesenta años, aunque nació el 30 de Octubre de 1842, en el puerto inglés de Hull sobre el Mar del Norte.

He tenido que sonreír, hace poco, al leer que es alto de cuerpo y de recia contextura: es del tamaño común, y bastante delgado. Se le diría frágil.

No es notable absolutamente por el conjunto de su aspecto: puede atravesar, y de hecho ha atravesado, infinitas veces nuestro centro comercial, con su sencillo vestón y su chamberguño verdoso, sin que a nadie llame la atención su figura, como no sea a algún sicólogo profundo. Pero, cuando uno para mientes en él, es otra cosa.

La cabeza, profundamente expresiva, ofrece cierta mezcla de gravedad y dulzura.

Hai grandes arrugas sobre la frente, surcos de la vida, y muchas más pequeñas se acumulan al rededor de los ojos, sugiriendo las largas concentraciones visuales del pintor.

Los ojos, profundamente encajados en las órbitas, muy pequeños, de un gris obscuro azulejo, son mansos y escrutadores, con algo de tristeza. Suele, sobre todo cuando observa, levantar mucho más la ceja izquierda que la derecha.

Nariz recta, un tanto sólida, y boca pequeña y bien modelada, pero firme.

Los cabellos, aún enteramente oscuros, y la barba, bien cortada, casi blanca.

Lleva en sí las huellas de ese desgaste acrisolador que dan las energías y el honde pensamiento.

II.

Lontananzas.

Desde tiempos muy antiguos se conoce en Hull la casa de los Somerscales, familia de eruditos y de artistas, en que es tradicional y fecundo el amor a las ciencias y a las artes.

Fué su padre experto capitán de buque que hizo durante largos años el comercio del trigo de Rusia entre el Mar Negro y la Inglaterra. Pasó de los ochenta años.

Y fué su madre venerable dama de nobilísimas virtudes, que pasó de los noventa.

Hay, como se ve, prometedores antecedentes de longevidad en su familia.

Enseñó el dibujo a Somerscales cuando pequeño uno de sus tíos, naturaleza artística, escrupulosa y honrada, como la suya.

Después de los primeros estudios, entró al excelente colegio de Cheltenham, en donde recibió las lecciones y la influencia moral del famoso pedagogo Gill.

La raza de que procede, la severidad de

(1) Me ha servido de base para este ensayo el que publiqué sobre el mismo tema en "El Ferrocarril" a mediados de Junio de 1904.



Durante la tempestad

su hogar, y las lecciones y educación del colegio de Cheltenham, entran por mucho en la explicación de su vida.

Salido del colegio como a los diecinueve años, en 1862, hubo de optar entre ejercer por un bienio el cargo de profesor de Estado, o entrar al servicio de la marina de guerra.

Prefirió lo último, para dar satisfacción a las inquietudes saludables y a las nobles curiosidades de su espíritu juvenil.

Destinado al servicio de la estación naval del Pacífico, atravesó el Océano y el Istmo de Panamá, se embarcó en un buque de guerra, y empezó su vida de oficial de marina, que había de durar como ocho años, y de hacerle conocer en variadas expediciones, no solo la costa occidental de la América, desde San Francisco para abajo, sino muchas de las numerosas islas de la Polinesia, que, incluyendo nuestra enigmática isla de Pascua, la última de sus avanzadas orientales, parecen las cumbres más altas, los restos náufragos de un inmenso continente prehistórico perdido bajo las aguas.

Allí templó Somerscales su carácter en la ruda escuela del deber disciplinario; allí estudió, y pudo dar expansión a sus facultades científicas; allí enseñó, y tuvo la honra de contar entre sus discípulos a quien con el tiempo había de ser el ilustre almirante de la marina inglesa, sir Charles Beresford; allí adquirió extensos conocimientos náuticos; y allí se impregnó en la magna poesía del mar, que había de adueñarse de su cerebro impresionable, para no salir jamás de él.

En una de esas expediciones, desembarcó en Valparaíso por primera vez, hacia la Pascua de Navidad de 1863, y tuvo al desembarcar la pavorosa noticia del incendio de la iglesia de la Compañía, ocurrido días antes en Santiago.

Visitando nuestro puerto principal, ocurriósele en aquella ocasión adquirir una cajita de colores a la acuarela: proporcionaba así nuestro país al futuro pintor los humildes elementos de sus primeros ensayos.

En otra de esas expediciones, habiendo desembarcado con algunos compañeros de

a berdo en un puerto de Méjico, país entonces como ahora convulsionado por discordias intestinas, y comprometido, además, en su memorable lucha contra los franceses, cayó con sus amigos, en las manos de una patrulla revolucionaria, que iba a fusilarlos sin piedad, cuando fueron casi milagrosamente salvados por la oportunísima intervención de un jefe que a la sazón llegaba. Poco iban valiendo en esta terrible coyuntura a Somerscales sus conocimientos en dibujo, de los que, en su ignorancia del castellano, pretendió valerse para explicar a los revolucionarios que él y sus compañeros eran miembros inofensivos de la tripulación de un buque de guerra inglés...

Todavía en otra de esas expediciones, en 1868, el velero de guerra que montaba, la "Clío" de S. M. B., tuvo que soportar, como a treinta leguas de Tahití, un ciclón de extraordinaria fuerza, que duró como veinte horas, y que, de no ser por la particular construcción de la cubierta del buque, la cual permitía cerrarlo por completo, habría originado inevitablemente su pérdida. Quedó el buque con graves averías, y costó trabajo hacerlo recalcar a Tahití.

Esta incidencia notable de su vida ha sido recordada por el maestro en tres telas,

llamadas respectivamente "Antes de la tempestad", "Durante la tempestad" y "Después de la tempestad", que pintó el año antepasado en Santiago, y que figuran entre los más sentidos y vigorosos de sus cuadros.

Por último, a la vuelta de otra de esas expediciones, enfermó de fiebre amarilla, y estuvo a punto de perecer en el istmo de Panamá, tierra de magnífica belleza, pero en aquel tiempo peligrosísima, por falta de los necesarios elementos de sanidad.

III.

Labor en Chile.

Restablecido apenas, y exhausto de fuerzas, tuvo que hacer de nuevo rumbo al sur, y llegó a Valparaíso, donde los médicos le disuadieron de volver al Istmo, bajo pena de probable pérdida de vida.

Hubo, pues, de resignarse a pedir su retiro, a permanecer en nuestro país, y a mirar desde aquí el incierto porvenir, débil de fuerzas y escaso de recursos, pero lleno de juventud y de valor moral. Esto pasaba en 1869: tenía Somerscales como veintiséis años.

No tardó en encontrar un protector y un



Valparaíso en 1869



Valle de Aconegua

amigo en la persona de don Pedro Mackay, al conocido director del colegio de su nombre en el Cerro de la Concepción, quien había de consagrarle estimación profunda y bien correspondida hasta la muerte.

Penetrado sin esfuerzo el viejo educacionista de las distinguidas cualidades del ex-oficial, le contrató para profesor del segundo año de su curso mercantil, que comprendía las asignaturas de inglés, gramática, aritmética, geografía, geografía física, dibujo y caligrafía.

Desde sus primeros pasos en la carrera, del profesorado, el discípulo de Gill y maestro de Beresford acreditó ser un pedagogo insigne, y a juicio de cuantos le conocieron, el primer pedagogo inglés que haya venido a Chile. De lúcida y penetrante inteligencia, de extensos conocimientos, de palabra fácil y precisa, poseía también esas privilegiadas cualidades que son la fuerza convincente y el influjo persuasivo de los grandes profesores; y armonizaba de tal manera la claridad y el interés de sus lecciones con la benevolencia y firmeza de su conducta, que era imposible dejar de tributarle atención, cariño y respeto.

Vivía entonces Somerscales en el colegio de Mackay, desde el cual se domina, en extensas perspectivas, un variado y grandioso panorama.

Desde allí emprendía el futuro maestro en las horas de solaz, sus excursiones por los cerros y quebradas, llenas siempre de accidentes pintorescos y de agradables sorpresas para el ojo inteligente del artista de corazón; desde allí, en los días festivos, cuando su escaso sueldo de ciento cincuenta pesos mensuales se lo permitía, ensanchando su esfera de acción, diré mejor, de contemplación, fbase de paseo a Viña del Mar y al Salto, a Límache y a Quillota, al pintoresco valle de Ocoa, por donde baja el Aconcagua, y, cuando más lejos, a los campos de Ibaache o al paso de Uspallata, que reproduce, agradándolas, las bellezas de los Alpes italianos.

En esa época, no pintaba Somerscales sino de vez en cuando pequeños cuadros de aficionado para obsequiar con ellos a sus amigos.

Puede decirse que no comenzó su vida artística sino en 1869 con una vista del puerto



TOMAS SOMERSCALES

de Somerscales de chileno, y no es poco, es la impregnación profunda que se ha operado en él de nuestro medio ambiente natural, es su

de Valparaíso, tomada desde el cerro, que se conserva como una reliquia en el colegio de Mackay, y en que se anuncian ya algunas de las cualidades que hablan de caracterizarle como pintor.

Dos o tres años después, don Pablo Délano, antiguo y respetable vecino de Valparaíso, que había acompañado como guardia marina al almirante Cochrane en su audaz golpe de mano sobre la "Esmeralda" en el Callao, encargó una copia del gran cuadro que representaba ese memorable hecho de armas, y que existía a la sazón en la Bolsa años de edad, más o menos.

Diré de paso que sobran los dedos de una mano para contar todas las copias hechas por Somerscales en su vida.

El éxito de ese esfuerzo, aunque secundario y modesto, le alentó en su carrera.

Empezó entonces a salir con la mayor frecuencia que le permitían sus obligaciones; y sin más escuela que sus antiguos estudios de dibujo y sus conocimientos en perspectiva, dióse, no ya solo a contemplar, sino a pintar en conciencia sin preocupación alguna, según su leal saber y entender.

Fué por aquel tiempo, en 1874, cuando contrajo su feliz matrimonio con la distinguida señorita Juana Harper, desde entonces hasta hoy la compañera de su vida y el eje de su hogar.

La señorita Harper, aunque nacida en Chile, era hija de padres ingleses, y podía reputarse ella misma inglesa, no solo por la sangre, sino por la educación y las costumbres.

Constituyó, pues, Somerscales un hogar netamente inglés; y, como, por lo demás, continuó viviendo en el Cerro de la Concepción, y enseñando en inglés, no es raro que, en los muchos años de su residencia en Chile no adquiriese conocimiento perfecto del castellano. Lo conoce lo bastante para leerlo sin dificultad, y para hacerse entender claramente: no así para seguir con agrado una larga conversación. Lo que tie-



Cerca de Quinta Vieja

admiración sincera, es su ardiente entusiasmo por nuestros campos y nuestros mares, y su interés por la suerte de un país que le albergó más de veinte años, en que cimentó su hogar, y que fué la cuna de su gloria.

La primera experiencia de Somerscales en los concursos públicos fué desafortunada: los cuadros que envió a nuestra exposición de 1875 no obtuvieron favorable acogida del jurado oficial: a sí, a menudo, será la justicia humana, mientras sigan triunfando el amor y la muerte.

No obstante ese fracaso el auge siempre creciente de sus producciones indujole a dedicar más tiempo y atención a la pintura, y a aprovechar algunos meses de verano en recorrer gran parte de nuestro valle central.

Vinieron entonces nuevas vistas de Valparaíso, de su bahía y de sus montes lejanos, grandes vistas de **Vista del Mar**, que

le encargó don José Francisco Vergara, tan valeroso en los campos de batalla como ilustre literato y protector de las artes en la paz; numerosas vistas del valle de Aconcagua, vistas de Santiago y de sus alrededores, tomadas desde Renca; más al sur, del río Claro y sus fértiles riberas, del Maule y de Constitución, de las montañas del Suble, y especialmente, del Nevado de Chillán, del parque y ensenada de Lota, de Concepción, en fin, y de su majestuoso río.

No cabe duda de que el maestro ha hecho progresos como paisajista; pero no sería acaáo aventurado decir que algunas de

las obras de esa época no han sido superadas por él en lo que respecta a la ingenuidad de impresión y al aroma de poesía que culminan en la juventud.

Cuando aquella especie de Falstaff rubicundo, príncipe de los millones y "rey del salitre", que se llamó mister North, paseaba por Chile su vientre y su fortuna,

arrastró a Somerscales, incorporándole en su comitiva superficial y fastuosa, a fin de que le pintara cuadros de la región salitreña; labor que, por sí misma, y por las condiciones en que hubo de cumplirse, resultó casi superior a la virtud del artista, y para cuyo desempeño hubo éste de recurrir a los infalibles prestigios de las auroras y crepúsculos.

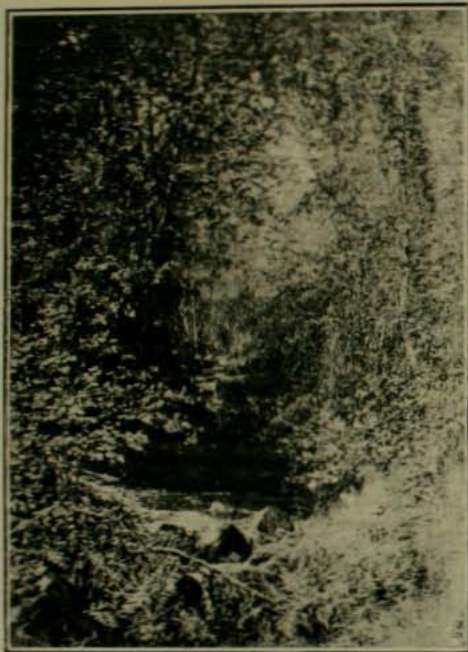
Pero, la especialidad definitiva del maestro iban a ser las marinas.

El lugar de su nacimiento, la profesión de su padre, su experiencia naval, su

larga vida en Valparaíso a la perpetua vista del mar: todo le disponía a ser un marinista de primer orden; pero no empezó a dar esta nueva dirección a su talento sino con motivo de la guerra del Pacífico.

La noticia del combate del 21 de Mayo produjo como un calofrío de admiración y entusiasmo en todo el país; la emoción se deshizo en llanto, la dolierte alegría se convirtió en orgullo, y hubo la conciencia de un gran suceso histórico.

No faltó quien encargase entonces a Somerscales para generalizarlas por medio de cartas-tarjetas, reproducciones al óleo, pero sólo en blanco y negro, de las dos faces



En Chivilingo

de la gloriosa hazaña, la faz del sacrificio y la faz del éxito: Iquique y Punta Gruesa.

Participaron esas producciones de la emoción pública, y la tradujeron en una forma prolija y ya admirable, si bien llena de inexperiencia todavía, sobre todo en la factura de los mares.

Poco a poco, empero, fué tomando Somerscales posesión de su paleta, y soltando la mano, y nacieron entonces vastas producciones gloriosas, en que se miraba el alma de la patria guerrera, páginas coloridas y vivientes de nuestra historia.

Sería difícil calcular el número de marinas con argumentos de la guerra del Pacífico que pintó Somerscales en los años 1879 y siguientes.

Nuestro Gobierno le encargó dos cuadros que honran la sala de despacho de S. E. el Presidente de la República: el uno la destrozada "Esmeralda", poco antes de sucumbir, y el otro, el "Huáscar" y los blindados en Punta Angamos.

No se limitó el maestro a ilustrar con su pincel los sucesos navales de la guerra del Pacífico; entrándose por la historia de otros tiempos, reprodujo el combate de Papudo en 1865, y una serie de episodios de nuestra primera escuadra nacional y de la guerra contra la confederación peruboliviana, sin abandonar por eso el cultivo del paisaje.

IV.

Labor en Inglaterra.

Y así llegó el año 1892.

Había alcanzado Somerscales la más amplia notoriedad en Chile; pero la gloria no le había tocado la frente con su ala rumbosa. Ni se apresuraba por ello nuestro artista: tiene Somerscales el profundo instinto de la dignidad, que ni busca ni pide, que sabe esperar. Había cumplido cuarenta y nueve años, y vivía tranquilo en el Cerro de la Concepción pintando y enseñando dibujo, pero sus hijos crecían y, queriendo darles la más completa educación científica, volvió con su esposa y con ellos a su patria, después de cerca de treinta años de ausencia no interrumpida.

Aguardábanle en el umbral de la antigua casa paterna el amor siempre vivido y la angusta ancianidad de su madre.

Al año siguiente concurrió por primera vez a la Real Academia de Londres con su "Corbeta recogiendo velas para salvar la tripulación de un buque naufrago", estudio de una grande extensión de olas hinchadas y palpitantes, bajo un cielo aireado y brillantísimo, con un buque cerca del centro de la composición, y, no lejos del espectador, una lancha con la gente naufraga.

Cuando el jurado de admisión se encontró en presencia de esta obra conmovedora y sabia, fué una sorpresa, casi un estupor: Tomás Somerscales era un desconocido. ¿De dónde venía? ¿Cómo se había formado? Sábese que las obras de los pintores nuevos suelen con frecuencia ser colocadas en las partes más altas de las galerías, y que, algunas veces, van bajando poco a poco, a la medida de sus méritos crecientes, hasta la altura del espectador. "La línea" de la Real Academia es solo la línea de los maestros.

Pues bien, el jurado de 1893 resolvió colocar el cuadro de Somerscales en la línea, "on the line", en un sitio privilegiado de la sexta galería de la Casa Burlington.

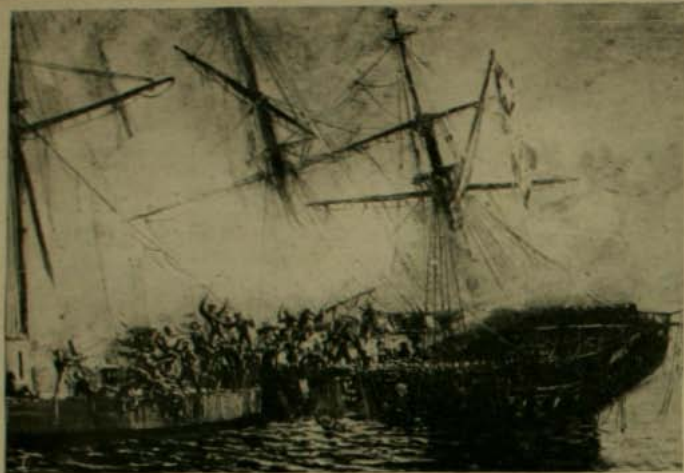
Abierta la exposición, artistas y críticos declararon, con voz unánime, extraordinaria la obra del desconocido marínista, llamándoles sobre todo la atención la consumada maestría en la factura del mar, que revelaba profundos estudios y larga experiencia.

El público sancionó con creces el fallo de artistas y críticos; todos los periódicos se ocuparon en el ruidoso éxito, y muchos de ellos enviaron sus "reporters" a Hull para informarse sobre los antecedentes del maestro.

En el banquete de la Real Academia, asignóse a Somerscales el primer puesto al lado del presidente; y, al pronunciar el discurso de estilo, el célebre electricista Kelvin ensalzó como se merecía el espléndido triunfo del nuevo pintor, gloria ya de la escuela británica.

Agregaré a modo de corolario, que el heredero del afortunado adquirente del cuadro ha resuelto hace poco negarse a seguir facilitándolo para ser exhibido en distintas partes de Europa y del Reino Unido, porque, al paso que iban las cosas, no solo exponía el cuadro a un accidente, sino que, sobre todo, se exponía él mismo a no gozarlo en los días de su vida.

Las obras del maestro empezaron desde entonces a cotizarse muy alto, los más no-

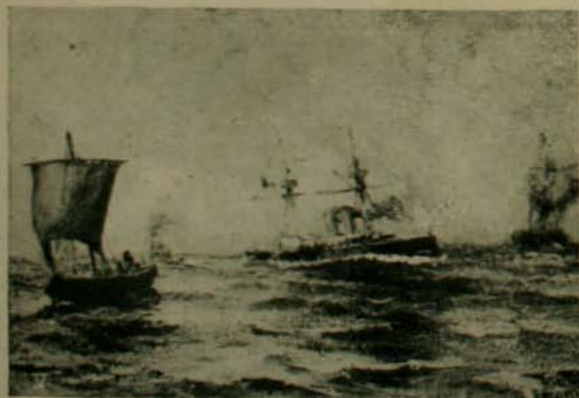


bras esterlinas: c
lenos les habían

No mucho tie
trianfo adadémi
les, el Gobierno
Británica le com
tino a la célebre
que es como si
semburgo inglés.
cuadro "Of Valp
de Valparaiso),
estuvo expuesto
demia, dijo un
co que era una
de la exposición
había realizado
pensamiento, con

1. Combate de Iquique.—2. Combate de Iquique.—2. Combate de Punta Gruesa.

tables persona-
jes a hacerle
encargos, y los
especuladores a
venir a Chile
para comprar
sus obras anti-
guas, y reven-
derlas ordina-
riamente al pre-
cio de tantas li-



VI

tantos pesos chi-
costado.
mpo después del
co de Somersca-
de Su Majestad
praba, con desga-
lería de Tate,
dijéramos el Lu-
el renombrado
araiso". (Afuera
del cual, cuando
en la Real Aca-
autorizado críti-
de las dos obras
en que el autor
por completo su
sencillez e in-



4. El Abandonado.—5. La nueva "Esmeralda".—6. Cerca de Ocoa —
7. El puerto de Valparaíso.



tensidad ejem-
plares.

Ha quedado,
plues, consagra-
do Somerscales
en Inglaterra
como un maes-
tro en las mar-
nas; lo que no
es poco decir pa-
ra aquel país
eminente





Combate de Cuxma

naval y de marinistas. Muerto no hace mucho el ilustre de Martino, no sé de quién pueda rivalizar con Somerscales en este género.

Y ¡cosa singular!: la Inglaterra, su patria, no reconoce en el maestro, aún dentro del género estético, otra habilidad que la de marinista: como paisajista, no es aceptado, diré mejor, no se le ha querido conocer.

Más aún: la Inglaterra no reconoce en Somerscales sino al marinista de los cielos transparentes y de los mares azules: cuando por acaso ha salido de estas notas, han pronunciado los ingleses un perentorio y desdeñoso: "Ese no es un Somerscales", que no ha dejado a nuestro artista, en su necesidad de ganarse la vida, con deseos de reincidir.

Hé aquí cómo el a veces excéntrico público inglés no sólo ha impuesto a Somerscales un género, sino una especie dentro de ese género, quitando así al maestro el placer de la variedad en la elección y ejecución de sus temas.

+

V.

El cuadro de la Cámara.

Desde que cambió de residencia, ha vuelto Somerscales cuatro veces a su segunda patria, recogiendo siempre en ella abundante cosecha de aplausos y no poco dinero.

Además de las escasas personas que le apreciaron condignamente desde sus primeros tiempos, todas aquellas otras que aguardan las consagraciones del triunfo, y sobre todo, del triunfo en lejanas tierras, para admirar, y las nuevas generaciones que han crecido conociendo su fama, engruesan la legión de sus admiradores: hoy Somerscales está de moda en Chile.

Y su personalidad artística descuella aquí en estos propios momentos.

La Cámara de Diputados tuvo en 1911 el pensamiento de confiar a Somerscales la ejecución del cuadro principal de su sala de sesiones, designándole como tema "La primera Escuadra Nacional."

Se huyó deliberadamente del tema simbólico, de ordinario poco expresivo, no siempre aprehensible a primera vista, y cuando complejo, como tiene que ser en

composiciones vastas, ininteligible o poco menos.

Se huyó también deliberadamente del hecho histórico concreto, cualesquiera que fuesen su naturaleza y su importancia, porque todo hecho concreto es limitado, y, al fin, fatiga.

Huyóse, en especial, del hecho concreto sangriento, por necesario y heroico que fuera, porque las necesidades dolorosas, y en sí contrarias a los altos fines de la naturaleza y de la humanidad, no son para presentarse como espectáculos de contemplación indefinida a los ojos de los espíritus cultos, ni para ir formando con ellos el criterio y el corazón de las generaciones del porvenir.

Se huyó también particularmente del hecho concreto en recinto cerrado, y en que hicieran el principal papel figuras humanas, porque la clausura cohibe y las actitudes determinadas cansan.

Se buscó "un momento histórico."

Se buscó un momento histórico que caracterizara la transición entre épocas de fundamental importancia, y que no solo tuviera vínculos con el pasado, sino irradiaciones hacia lo porvenir.

Se buscó un momento histórico, que, sin ser sangriento, recordara y sugiriese la

fuerza y la gloria de Chile bajo los colores de su bandera.

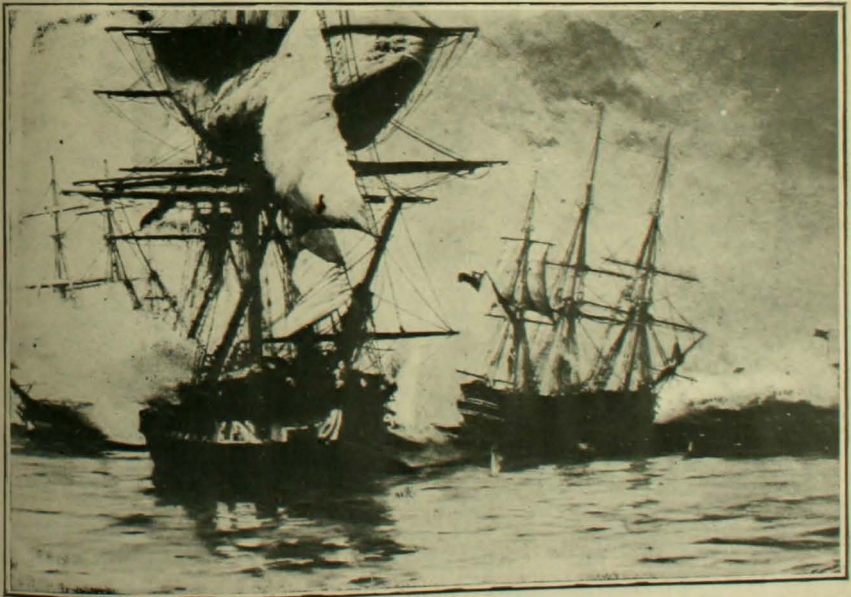
Se buscó un momento histórico susceptible, no sólo de sugerir conceptos vastos, sino lecciones positivas a los buenos entendedores. Se buscó, todavía, un momento histórico susceptible de representarse en escena movida, pintoresca y grande.

Y se creyó encontrarlo en aquel noble impulso de la patria nueva que, no bien repuesta de sus heridas, se lanza al océano con el pensamiento de consolidar y completar la independencia de Chile y la de la América.

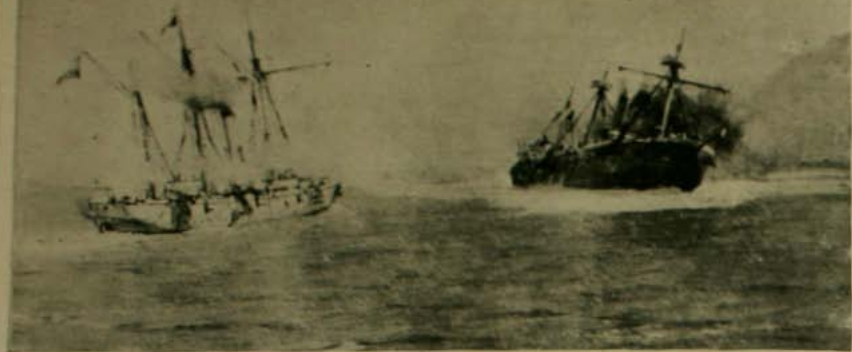
¡Cuánto más bello es "sentir" a O'Higgins en aquel supremo esfuerzo que "verle" desprendiéndose por sus errores de una banda que ya no podía conservar, falto de los elementos civiles... y también de los militares.

Tan luego como le fué enunciado, Somerscales comprendió y sintió profundamente su tema; y, premunido de cuantas noticias había al respecto en nuestros archivos oficiales, se fué a Inglaterra a realizar su obra.

No encontrando en Londres ni en París un taller adecuado, no solo por la magnitud sino por la iluminación, para ejecutar su obra, hubo de instalarse en una bodega



Captura de la "María Isabel"



Combate de Punta Gruesa

de los astilleros de Hull, de los mismos en los cuales hace cuarenta años fueron construidos nuestros primeros blindados "Blanco Encalada" y "Cochrane", que tanta influencia tuvieron en el desenvolvimiento de la República, y a que habían de dar sus nombres los propios jefes de la primera escuadra.

Allí trabajó el maestro ocho meses en su magna obra, luchando con grandes di-

ficultades, incluidas las dificultades materiales de la ejecución; auxiliado, empero eficazmente, con la más noble voluntad, por los elementos del astillero.

A medida que la obra adelantaba, iba pasando por aquel espacioso e improvisado taller cuanto de distinguido tiene Hull, sin excluir



Combate de Angamos



Combate de Iquique

los más alentadores representante del bello sexo; y no faltó eminencia que opinara en el sentido de que, previo el necesario cambio de banderas, aquella escuadra debía quedar en la Gran Bretaña.

Ni fué posible, por inconvenientes de diverso orden, satisfacer el anhelo de quienes deseaban que se exhibiera el cuadro en Londres antes de enviársele a Chile.

Tenía el maestro proyectado traernos su valiosa y pesada carga en el vapor "Oravia", cuando enfermó su señora... desgraciado y feliz accidente, sin el cual "la primera escuadra" dormiría hoy en el fondo del Atlántico.

Por fin, llegó el cuadro a Valparaíso; y previa una increíble "vía crucis" en la Aduana (con ley de liberación y todo) fué despachado para Santiago; y después de no pocas molestias y trabajos, adorna ya el sitio a que le destinó la previsión de la Cámara.

Por feliz y no perseguida coincidencia, quedó el cuadro en su lugar en el propio 12 de Febrero, en que se fundó Santiago, se dió la batalla de Chacabuco, y se juró la independencia nacional.

Podrán encontrársele defectos, como a toda obra humana; pero es una obra de reglo tono, en que culmina la vida artística de su autor, y que honra al Congreso y al país.

Entre la grandeza del cielo y la del mar, sobre un fondo de macizas nubes, que sugieren el pasado oscuro, impulsado por un viento que hace cabrillear las olas, iluminado por el

sol de la mañana, avanza impetuoso sobre el espectador el buque insignia, el "San Martín", completando su velamen.

El propio nombre de San Martín es evocador de la independencia de medio continente.

La idea de que vaya el buque completando su velamen es hermosísima idea de transición, de trabajo y de progreso.

Conforme a algo de lo dicho más arriba,

Sin duda, una de las mayores bellezas del cuadro es la representación del movimiento del barco, en el instante en que cabecea al avanzar, y origina como una depresión o bajo de ondas espumosas a su derecha.

La armonía entre las banderas, vergas y olas, y el viento reinante, es de lo más acabado.

Navega la escuadra "con viento a un lar-



Mal tiempo

no ha de buscarse en la composición tal o cual salida de la primera escuadra, bajo tal o cual jefe, con tal o cual objetivo determinado, pues su verdadero propósito es solo representar la primera escuadra en pleno Océano, ejerciendo, como ejerció, el dominio del Pacífico Austral.

No estará de más observar que fuera de las informaciones de nuestros archivos, tuvo en cuenta el maestro para pintar el buque insignia, que fué el antiguo "Cumberland" de la Compañía de Indias, el modelo de construcción de la fragata gemela de ese buque, que se conserva en Greenwich.

go", como dicen los marinos; y ello explica la maniobra de la gente para añadir las alas al velamen.

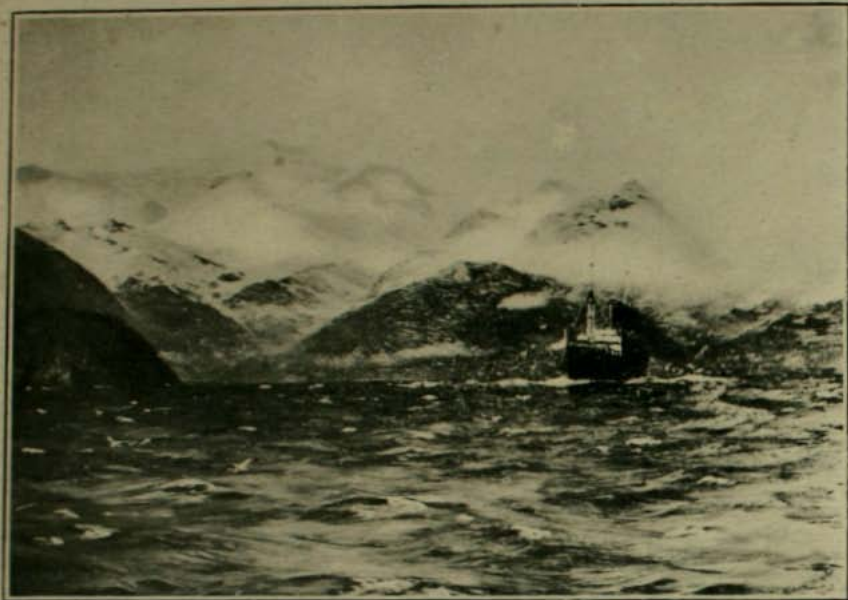
Contra lo que algunos piensan, la bandera a la sazón en uso era ya la tricolor; ni habría sido posible emplear otra en un cuadro que no es propiamente histórico, sino decorativo y significativo.

La representación del agua es admirable, y acaso la mejor que haya hecho el maestro en su vida.

Procuró Somerscales conciliar en las nubes las formas naturales con cierta idealidad académica, acaso levemente exagera-



VIENTOS ALISIOS



Estrecho de Magallanes

da (1). para conciliar los aspectos de la realidad con las exigencias de la decoración: quiso un cuadro, pero un cuadro decorativo.

No escatimó para ello los colores, mas

(1). Me refiero, no tanto al gran bosquejo de que se ha tomado la fícomía de la carátula, cuanto al cuadro mismo.

cuidó de adecuarlos al color ambiente, valiéndose, sobre todo de los discretos amarillentos de las velas y de las nubes, semejantes al color de la sala, y de los azules y verdosos que dominan en el resto del cuadro.

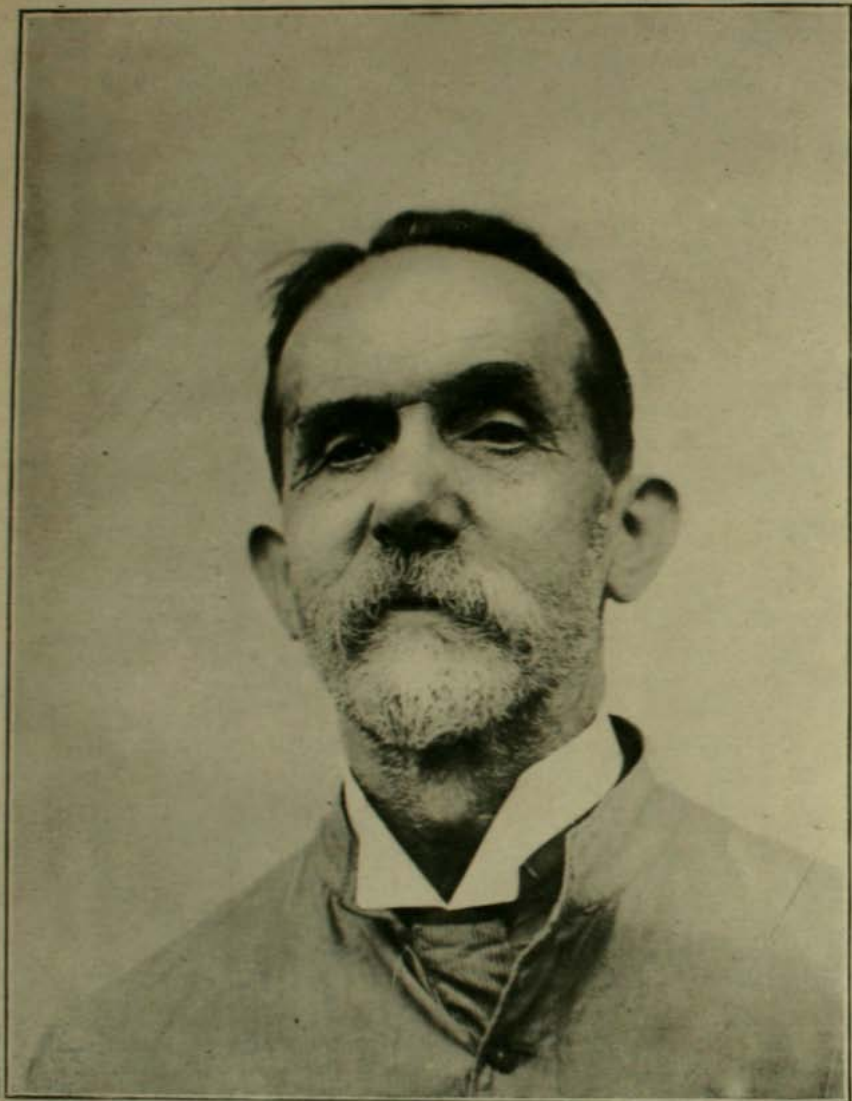
Escotan a la nave capitana, si no me engaño, por su izquierda, el "Águila", y, por su derecha, sucesivamente, el "Laut-



Off Valparaíso



CORDILLERA DE ANTUCO



TOMAS SOMERSCALES

ro", bajo la sombra de una nube, y el "Arequipeño", de nuevo en plena luz.

La composición, en cuanto a los buques, triangular, es equilibrada, cual corresponde a una obra decorativa, puede que aún más equilibrada de lo indispensable.

Representan la vida la tripulación del "San Martín", mientras ejecuta su labor, y tres o cuatro gaviotas, regocijadas en su diálogo con las espumas.

VI.

El hombre. (2)

Dije antes que Somerscales parece frágil de cuerpo, pero no lo es en realidad, y la

(2). Se echará tal vez aquí de menos un capítulo que habría podido llamarse "El pintor". He omitido escribirlo; lo primero, porque no tengo la autoridad suficiente; lo segundo, por no extenderme demasiado; lo tercero, porque el tema interesa menos al público.

mejor prueba de ello es que se encuentra aún en madurez gloriosa.

Sea, en parte, por la excelencia de su organización, sea, sobre todo, por efecto de su actividad y buen vivir, ello es que su cuerpo conserva rapidez y flexibilidades juveniles.

Es un andador infatigable, y no es raro deje en el camino, aunque se trate de las ásperas sendas de las montañas, a hombres de mucho menos edad que él.

Se le ha visto últimamente dirigir el trabajo de la colocación de su gran cuadro en la Cámara, pagando de su persona hasta con siete horas de trabajo diario, no sólo en el plano del hemicíclo, sino sobre las escalas y los andamios; y ha habido que adoptar precauciones para que no se sometiera a riesgos excesivos.

Su laboriosidad es digna de su aptitud: frecuentemente descansa de una ocupación, entregándose a otra.

Come poco y no bebe jamás.

Son sus sentidos de una finura maravillosa, y su memoria estupenda. Así conserva el recuerdo del océano, con su mudable grandeza, hasta en los ínfimos pormenores de las olas que se quiebran y de las espumas que se deshacen.

Es un profundo observador y admirador de la naturaleza, y, sobre todo, de esa ben-

dición de Dios, hecha cielo, hecha paisaje, hecha carne, que se llama la belleza.

Tiene también el sentido de lo ideal, y, para ejercitarlo, la llamada "imaginación constructiva" que, no conformándose con lo que ve, o produce, se lanza a idear maneras de mejorarlo.

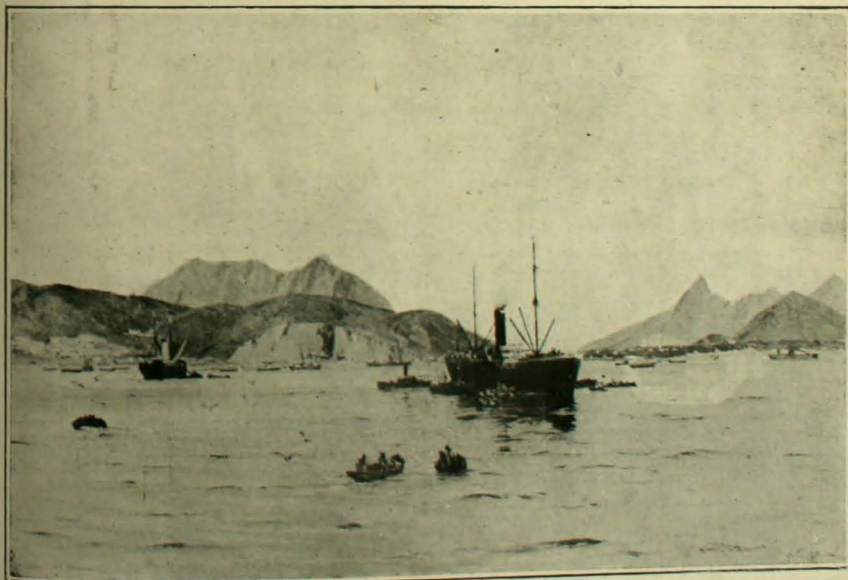
Discrepa en esto su temperamento del de su primogénito Tomás, "Tom", como él le dice, también artista, según el cual deben reproducirse las cosas, con la mayor belleza posible, dentro de lo que existe, y no más allá.

No es sólo Somerscales un pedagogo y un artista: es un hombre al día, en la más amplia acepción de la palabra, de aptitudes científicas y gustos literarios.

Conoce con especialidad la filosofía y las matemáticas, la geografía física y la geología.

Y ¡cosa que parecería increíble!: no fué el arte, ni tampoco la enseñanza, su vocación principal, sino, que ambos fueron, conforme a las expresiones de Rodó, en los "Motivos de Proteo", sus vocaciones secundarias o supletorias. Su vocación principal fué la ingeniería: penetrar en el conocimiento de las leyes naturales, y aplicarlas en homenaje al bien de la humanidad, es lo más hermoso para Somerscales.

Y, de hecho, tiene una habilidad extraor-



Baía de San Vicente



Corriendo el temporal

dinaria para cuanto a mecánicas se refiere. No se parece en esto a otros hombres de pensamiento, que son una calamidad para esas cosas: él hace, rehace y vuelve a hacer, hasta que logra lo que quiere, y siempre por sí mismo.

Vaya un ejemplo: para pintar "Las carabelas de Colón", copió exactísimamente, de su mano, los modelos en bulto de esos buques, existentes en el Museo de Madrid.

Grande admirador y propagador de los buenos autores de la lengua inglesa, especialmente de Carlyle, de Ruskin, de Whetman, el poeta impresionista norte-americano, y, sobre todo, de Browning, el más conceptuoso de los poetas que ha producido la Inglaterra, después de Shakespeare, tiene los conocimientos de un literato, redacta con la más elegante limpieza, y escribe con un tipo de letra nervioso y distinguido.

Sin preocupaciones, pero con doctrinas, empapado en el "Ecce homo", estudio filosófico del Cristo, y en "La Religión Natural", obras ambas del profesor Selley, piensa y siente como un sabio sacerdote primitivo, y lo que piensa y siente lo dice con abierta franqueza.

El lenguaje del maestro es tan preciso como lo son su dibujo y su letra.

Pero, lo que más vale en Somerscales, es el carácter.

La nota dominante en él es acaso la benevolencia, que se transparenta en la dulzura de su rostro, y que le lleva a ser indulgente con todos y con todo.

Comprende demasiado las flaquezas, y se da instantáneamente cuenta del ridículo; pero es su propósito no ofender a nadie, y lo consigue.

Puede decirse que no se conocen en él la agresión ni la violencia; sin que ello se parezca ni remotamente a la debilidad.

Su firmeza es de las mejor templadas, y su constancia, inquebrantable.

Digo "constancia", y añado "paciencia", para sufrir y sobrellevar, y volver a empezar, no sólo sin una queja, sin un gesto de desagrado.

Sus extensos conocimientos, especialmente los artísticos, están al alcance de quien oportunamente se los pida: él no se reserva secreto alguno en esta materia.

Habiendo, como hay, en su naturaleza sensibilidad delicada e ímpetu ardoroso, necesita refrenarse, y se refrena; Res-

train yourself", ("Refrénate") es su máxima favorita, no sólo para los actos ordinarios de la vida, sino, sobre todo, cuando está delante de su caballete y con el pincel en la mano. Es así como logra sus resultados, a la paz intensos y correctos.

Del conjunto de sus condiciones morales resultan equilibrio y dignidad, y, lo que es más raro, modestia.

Se ha conservado tan sencillo después de sus triunfos, como cuando era simple profesor en el Colegio de Mackay.

Oye con interés, y consulta con ánimo de aprovechar.

Cualquier vislumbre de razón que su interlocutor tenga es apreciada por él; y respecto de cosas más o menos indiferentes, aunque crea tener razón, cede.

Escucha las alabanzas a sus cuadros con serena complacencia, sin falsa modestia, y puede darse este lujo, porque tiene la modestia verdadera.

Escucha las censuras y no raras veces, las más extravagantes ineptias, con una inalterable y benévola tranquilidad, y su desaprobación no va nunca más allá del silencio.

Prefiere la crítica de los hombres inteligentes e ilustrados que no son del oficio, y resguarda su situación, con verdadera

dignidad, ante la crítica titulada. Cuentan de un crítico que después de examinar un cuadro de Somerscales, en presencia de éste: "Y bien, ¿qué dice usted?"—le preguntó.—"Yo, repuso el maestro, no tengo nada que decir. Usted ha venido a criticar: critique."

Como se ve, la modestia de Somerscales no nace de ignorancia de su propio mérito ni de encogimiento moral; es una modestia de la mejor ley, que origina su profunda y normal certidumbre de la limitación y falibilidad de nuestras facultades.

De aquí su criterio exento de alucinación; de aquí el criterio, por decirlo así, impersonal, que da seguridad y acierto a sus juicios.

No hace mucho le fué llevado, para que lo firmase, si lo reconocía por suyo, un cuadro al óleo, antiguo, de los Baños de Cauquenes, con bastante dibujo, pero pronunciado sabor oleográfico. Al verlo, sonriendo, dijo: "Es malo, pero es mío", y puso en un rincón: "T. Somerscales. 1869."

VII.

El bogar.

Tuvo el maestro dos hijas.

La una de ellas murió de difteria, ya



La corbeta "Esmeralda" saliendo de Valparaíso

crecida, en Valparaíso, antes del providencial descubrimiento de Roux.

La otra ha muerto para la razón...

Son éstas dos profundidades lóbregas en el corazón de Somerscales.

Le está vedado mirar al porvenir al través de los ojos hermosos de las hijas, por donde pasa o pasará la lumbre del amor, el más vívido reflejo de la esencia divina.

Pero, conserva sus cuatro hijos, que son todos hombres formados y aprovechados.

El primogénito, Tomás o "Tom", de quien hablé, tiene el título de ingeniero de construcciones navales, y estuvo no ha mucho empleado en el Apostadero de Talcahuano. Es un acuarelista distinguidísimo, las pruebas de cuyo talento, límpido y vigoroso, pueden verse actualmente en el escaparate de Hume, el librero.

Siguen Wilfrid y Arturo, mellizos.

El uno es ingeniero naval, como Tomás, y empieza a pintar al óleo de un modo que despierta las más brillantes esperanzas.

El otro es ingeniero electricista.

El cuarto, Roberto, o "Bob", como le di-

ce su padre, es arquitecto, y ejerce su profesión entre nosotros, al lado de don Juan Tonkin. Es asimismo acuarelista de fuste, y Hume ha exhibido de él una vista de Río Janeiro, y una de nuestro valle central.

Todos ellos tienen aptitudes musicales, especialmente Tomás.

VIII.

Conclusión.

La vida de Somerscales, es serenidad, es trabajo, es virtud.

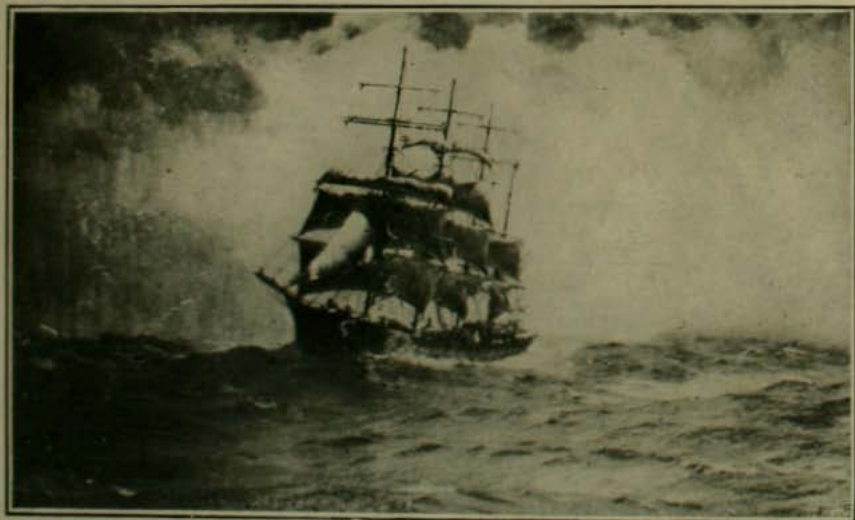
Gran parte de ella es también belleza.

Y si ha sufrido, el amor y el éxito le han coronado.

Su existencia prueba una vez más, que el camino a la cumbre es arduo, pero que honra y fortalece.

Santiago de Chile, a 17 de Febrero de 1913.

PAULINO ALFONSO.



Después del Vendabal